

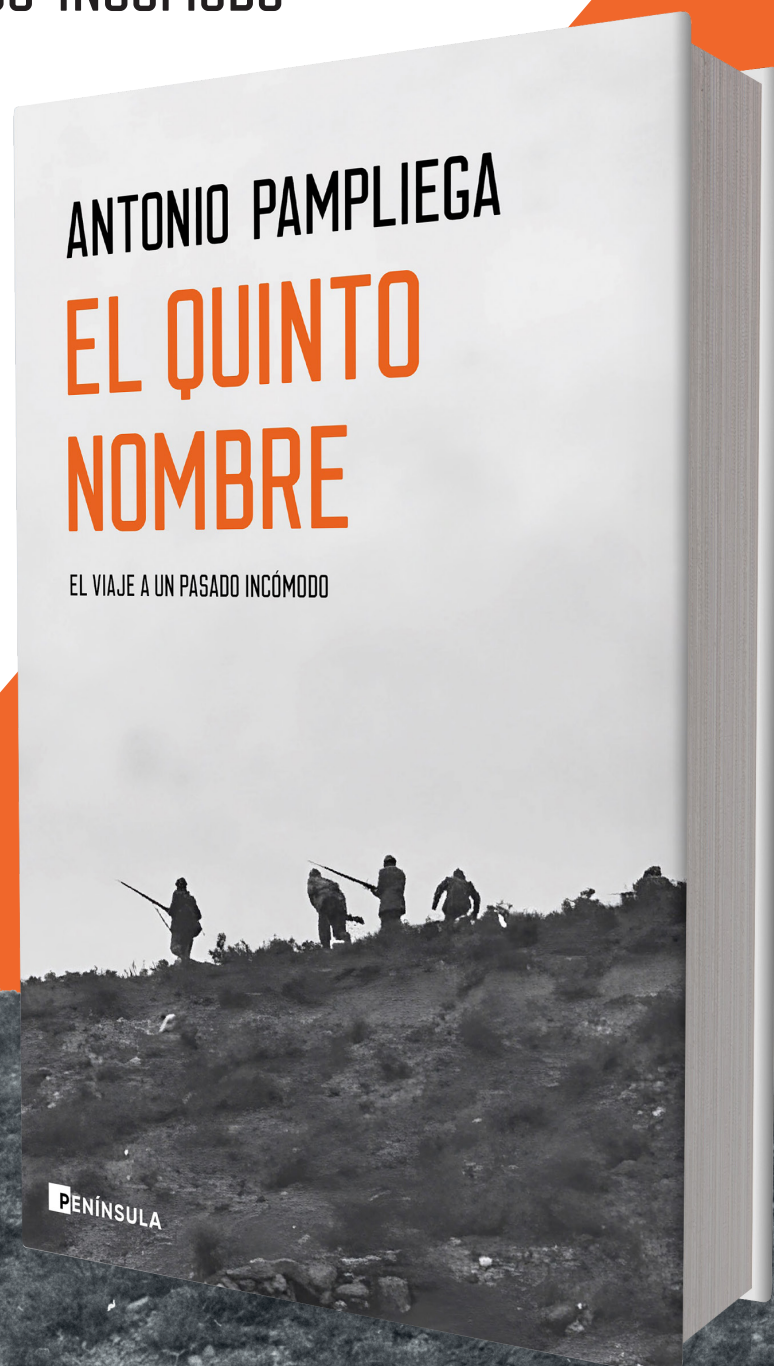
PENÍNSULA

ANTONIO PAMPLIEGA

EL QUINTO NOMBRE

EL VIAJE A UN PASADO INCÓMODO

**A LA VENTA EL
20 DE SEPTIEMBRE**



DATOS TÉCNICOS

FECHA DE PUBLICACIÓN
20 DE SEPTIEMBRE DE 2023

PÁGINAS | 288
PVP | 19,90 €
ISBN | 978-84-1100-200-4
COLECCIÓN | PENÍNSULA

+ PARA AMPLIAR INFORMACIÓN,
CONTACTAR CON:

SALVADOR PULIDO
GABINETE COLABORADOR
682 69 63 61 /
SALVADOR@SALVADORPULIDO.COM

LAURA FABREGAT FARRAN
RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN
ÁREA DE ENSAYO
682 69 63 61 / LFABREGAT@PLANETA.ES



SINOPSIS

EL AUTOR DEL 'BEST SELLER' EN LA OSCURIDAD NOS ADENTRA EN LOS MISTERIOS Y SECRETOS DE UN CRIMEN DURANTE LA GUERRA CIVIL, UN CRIMEN CON SU MISMO APELLIDO.

Durante los primeros meses de la guerra civil española, cuando los ánimos estaban más caldeados que nunca entre la juventud revolucionaria, Tomás Martínez Negro, padre de familia y sacristán, fue asesinado a sangre fría a manos de cinco de sus vecinos en Mejorada del Campo. En los documentos pertenecientes a un juicio sumarísimo de las tropas franquistas se atestiguaba la condena de cuatro de sus verdugos, pero el quinto figuraba como huido: era Eladio Pampliega.

En este emotivo testimonio, el periodista Antonio Pampliega emprende un viaje por su propia historia familiar para descubrir la verdad sobre el asesinato de Tomás Martínez Negro. Un relato conmovedor que narra la historia de muchos de los asesinados de la Guerra Civil y que aspira a descubrir la verdad por incómoda que sea.

«La de Eladio Pampliega es una de las muchas historias que pueblan la España que no ha olvidado la guerra. Pero además es la mía. Y al desvelarla sé que voy a aprender mucho más que una nueva historia sobre mi familia. Voy a aprender algo más sobre mí mismo.»

EL AUTOR

Antonio Pampliega (Mejorada del Campo, 1982) ha sido corresponsal de guerra durante una década. Su trabajo periodístico ha recibido varios galardones nacionales e internacionales entre los que destacan el Premio Luchetta en 2020, el Premio Nacional de Periodismo Juan Andrés García en 2015 o La Buena Prensa (2015, 2019 y 2020). Es autor de 'En la oscuridad' (Península, 2017)

donde relata el tiempo que estuvo secuestrado por Al Qaeda en Siria. En 2018, también en Península, publicó 'Las trincheras de la esperanza', que describe el trabajo del cooperante italiano Alberto Cairo. En 2021 publicó 'Flores para Ariana', su primera novela.



(C) Jeosm

EL QUINTO NOMBRE

LA MUERTE DE TOMÁS MARTÍNEZ NEGRO

Tomás Martínez Negro se despertó de súbito, asustado. ¿Qué eran esos golpes? Miró a su mujer. María Cruz Bermejo dormía ajena a aquellos ruidos.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! Uno de los milicianos, ayudado con la culata del rifle, golpeó de nuevo, pero con mucha más vehemencia, la puerta de madera de la casa, a pique de echarla abajo. Se encendieron varias luces en las casas cercanas por culpa de aquel escándalo. Otro de los hombres dio varios pasos vacía atrás, miró a las ventanas del piso superior, desde donde, tras el visillo, Tomás los vigilaba, y gritó a voz en cuello su nombre, instándole a que saliese a la calle de manera pacífica y sin resistirse. Le daban cinco minutos, ni uno más ni uno menos, o entrarían a buscarlo por las bravas.

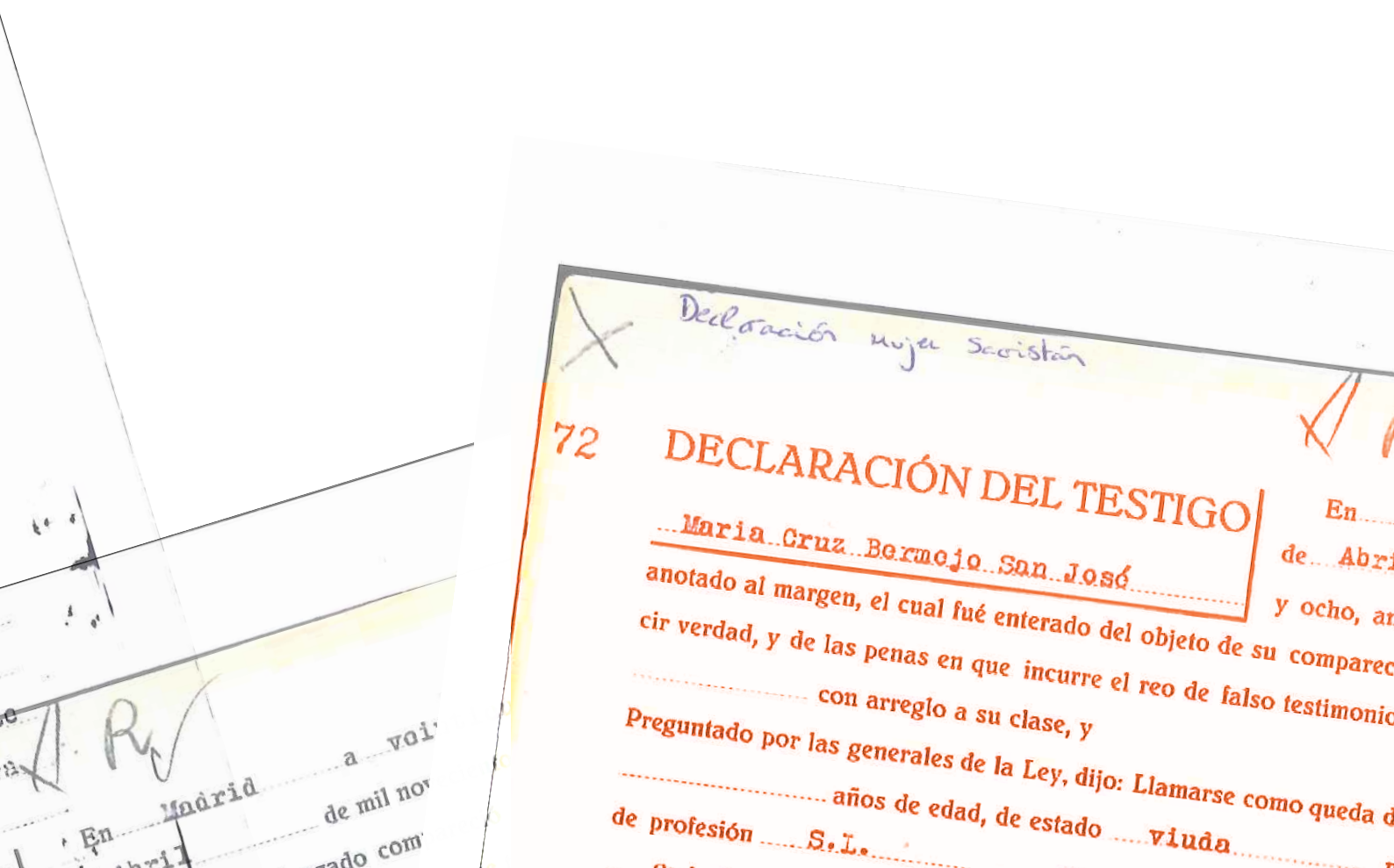
No tardó ni un segundo en reconocer al hombre que estaba parado delante de su casa gritando su nombre. Eladio Pampliega González. El Coleta.

El chófer paró el motor. Una de las puertas se abrió y el hombre que tenía a su izquierda bajó del vehículo. Tomás Martínez Negro sintió cómo el cañón de una pistola se le clavaba a la altura de las costillas. Abrió los ojos. Miró a su derecha.

El Coleta, todavía sentado a su lado, levantó el mentón invitándole a abandonar el coche por la puerta que permanecía abierta.

Se dio la vuelta. Miró el cañón del arma que le apuntaba directamente al corazón, a un palmo de distancia. A solo unos pasos, cuatro miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo contemplaban la escena en absoluto silencio, mientras el quinto sostenía el arma de fuego. Unos metros atrás, unos milicianos, que viajaban en el segundo coche que debía trasladarlo a la checa de Madrid que ahora sabía a ciencia cierta que nunca llegaría a pisar, también guardaban silencio. Esperaban el fatal desenlace para regresar al pueblo.

El hombre que sostenía el arma echó el seguro hacia atrás y apretó el gatillo. Tomás Martínez Negro cayó muerto.



Declaración mujer socialista

72

DECLARACIÓN DEL TESTIGO

En...
de Abril y ocho, año...

Maria Cruz Bermejo San José

anotado al margen, el cual fué enterado del objeto de su comparecencia y de las penas en que incurre el reo de falso testimonio con arreglo a su clase, y

Preguntado por las generales de la Ley, dijo: Llamarse como queda de años de edad, de estado viuda de profesión S.L.

PERSONAJES

TOMÁS MARTÍNEZ NEGRO, EL SACRISTÁN

Llevaba varios años viviendo en Mejorada del Campo, al que se había mudado desde Mota del Marqués, Valladolid —su localidad natal—, para enseñar música en el colegio de la pedanía madrileña que nunca había oído ni siquiera mencionar. Jamás, debido a su carácter pacífico y bonachón, había tenido el más mínimo encontronazo con ninguno de sus vecinos. Al contrario: las puertas de su casa siempre estaban abiertas para los hijos de sus vecinos, en su mayoría labradores, quienes se sentaban alrededor de su mesa para aprender a leer y a escribir. Tomás Martínez Negro, a pesar de la insistencia de los padres de aquellos chiquillos, siempre se negó a aceptar dinero por aquellas clases particulares. Había tratado de integrarse en la vida de aquel pueblo que no llegaba a los 1.200 habitantes, pero estaba claro que no lo había conseguido.

Tomás, desde que llegó a Mejorada, jamás se interesó por la política. Se sospechaba que pudiese simpatizar con los partidos de derechas, pero jamás dejó entrever sus simpatías por un partido u otro. Se mantenía siempre al margen de las conversaciones que versasen sobre la política nacional. Él estaba centrado en sus clases de música y en su familia. Su mujer,

María Cruz, y sus tres hijos. Nunca se metió con nadie del pueblo. Era una excelente persona, pero esto no fue óbice para que los miembros del comité la tomaran con él. Todos los días, sin excepción, Tomás acudía a ver a los miembros del comité del pueblo. Buscaba confraternizar con ellos, ser aceptado, ser uno más... pero siempre rechazaban su ayuda. Nunca tenían nada que él pudiese hacer, porque lo consideraban un extraño... De hecho, su animadversión hacia él llegó a tal extremo que, en la plaza del pueblo, los del comité hacían corrillo —cuando lo cogían por banda—, y metían al sacristán en el centro, como si fuese un toro.

Al morir dejó atrás a María Cruz, su mujer, y a sus tres hijos: María (16), Leonisa (14) y Emiliano (10). Nunca los volvería a ver.

ELADIO PAMPLIEGA “EL COLETA”, EL QUINTO NOMBRE

Su sueño era ser torero —de esta afición por la tauromaquia le sobreviene el mote del Coleta, como se le conocía en el pueblo—, y practicaba el estoque en el patio delantero de la casa, donde su hermana guardaba los cántaros con agua y él no hacía más que romperlos. Nunca llegó a triunfar, lógicamente. Toreó en la plaza de toros de Tetuán de las Victorias —distrito de Madrid—. Cuando salió el morlaco no se atrevió a salir del burladero a darle unos pases. Se quedó escondido, demostrando que era un ‘cagao’. Y ahí acabó su sueño de ser torero.

Eladio era una persona demasiado revolucionaria y con muy pocas luces. Trataba de imponer sus ideas a la fuerza porque era incapaz de defenderlas con palabras.

Pero la pregunta seguía en el aire: ¿a quién matar para dar ejemplo?

Eladio creyó encontrar la respuesta mientras daba vueltas a los posos del vino rancio en el fondo del vaso de cristal. El nombre surgió como por arte de magia, por ciencia infusa. ¿Cómo no habría caído antes? Lo tenía delante de las mismísimas narices y

no había sido capaz de pronunciarlo. Tomás Martínez Negro. ¡El sacristán! ¡Claro! ¿Cómo había sido tan torpe? Sería él, sí. El cabeza de turco, el sacrificado para la causa republicana. A fin de cuentas, era un extranjero. Ni este era su pueblo, ni esta era su gente. Nadie lo iba a echar de menos.

MARÍA CRUZ BERMEJO, LA VIUDA

De fuerte carácter, era la antítesis de su esposo. Llevaba las riendas de su casa como si de un cantón militar se tratase. Tenía a los niños más firmes que una vela, ni a resoplar se atrevían los chiquillos sin el permiso de la madre. De puertas para fuera, su temperamento no le granjeó demasiadas simpatías en Mejorada. Seca en el trato y recia en las formas, tras los años que llevaba viviendo en el pueblo, sus amistades eran más bien escasas, por no decir prácticamente nulas. Se podían contar con los dedos de la mano. «Buenos días. Buenas tardes. Qué calor hace. Parece que va a llover». Y poco más. Cuando regresaba a casa, rehuía los corrillos que las vecinas formaban en las plazas del pueblo para cuchichear y cotillear sobre unos y otros. Era algo que no iba con ella. María Cruz, testaruda como era, siguió con la firme intención de ver sentados ante un tribunal a todos los responsables del asesinato de su marido.



Aquella primavera mañana de 1938, María Cruz Bermejo, con más miedo que vergüenza, y sin estar segura del devenir de los acontecimientos, dejó a sus tres hijos en casa de su padre, don Félix, en

su Tordesillas natal, donde llevaba viviendo cerca de un año, desde que consiguió escapar de Mejorada del Campo aquella madrugada de 1937. [...] Tomó el primer tren de la mañana con destino a Madrid.

María Cruz, nerviosa, sujetaba fuertemente el asa de su bolso mientras miraba a la mecanógrafa teclear a toda velocidad las respuestas que ella iba facilitando, preguntada por el juez: «Fue detenido por el comité de Mejorada en su casa el 4 de octubre de 1936, donde en un coche que fue a Madrid se lo llevaron a fusilarlo». Sintió un pellizco cuando tuvo que relatar los acontecimientos que vivió aquella fatídica madrugada. No pudo contener las lágrimas parando de tanto en cuanto en su relato. «El presidente del citado comité dijo a la declarante después de llevárselo en el coche que se iba para no volver más».

A su lado, tanto Nicolás Gallego como Lázaro Martínez se revolviaron en sus sillas cuando María Cruz señaló directamente a Justo Basanta como cabecilla y máximo responsable de haberse llevado a su marido. Sabían que aquello era prácticamente una condena a muerte.

GREGORIO PAMPLIEGA CARRASCO

Moro, sobrenombre por el que se le conocía en el pueblo, tenía 19 años —cumplidos el 15 de enero— cuando estalló la guerra civil. El joven Pampliega venía de una familia humilde. Muy humilde. Era el tercero de nueve hermanos. Nunca tuvo la oportunidad de ir a la escuela. Sabía leer y escribir de aquella manera. En su casa había muchas bocas que alimentar, y la prematura muerte de su madre, María Jesús, le obligó, con solo siete años, a aprender un oficio. Un pastor de Mejorada lo tomó bajo su responsabilidad, convirtiéndole en zagal.

Dos semanas después de haber salido de Buitrago, por fin llegaron a Mejorada del Campo. Gregorio fue directamente a su casa, donde lo estaba esperando Alejandra. La mujer creyó estar viendo a un fantasma, lo creía muerto. Tomó la cara de Moro

entre las manos. Tenía una espesa barba, tras varias semanas sin poder afeitarse. Estaba muchísimo más delgado y ojeroso que la última vez que lo había visto, hacía meses... Aun así lo besó.

Le daban por muerto. Incluso su propia familia, pero era mejor así. Querían que, de momento, su regreso permaneciese en secreto. Pero a la semana se presentaron varios guardias civiles en la casa. Alguien lo había denunciado. ¿Cómo lo supieron? Las denuncias estaban a la orden del día en Mejorada del Campo. Los guardias lo detuvieron y se lo llevaron a la cárcel de Vista Alegre (Carabanchel). No tuvo tiempo, ni siquiera, de despedirse de Alejandra.

FLORENCIO ALARCÓN, EL CUSTODIO

Se había unido al Comité Revolucionario de Mejorada del Campo, desde el principio, por sus convicciones políticas. Comulgaba con las izquierdas. Era rojo, claro, como casi todos los del pueblo, pero sin pasarse. Era de los que querían acabar con las diferencias sociales, luchar contra el fascismo, contra Franco y todo eso. No entendía qué demonios hacía allí sentado, haciendo de carcelero de aquel pobre diablo. No se tenía ni por un sanguinario ni por un pistolero de gatillo fácil. Era un 'mandao', sí, pero con conciencia. Florencio Alarcón, acusado también del asesinato del sacristán, había logrado salir indemne a pesar de haber estado condenado. «Igualmente queda probado que Florencio Alarcón custodió durante cuatro horas en La Iglesia del pueblo a Tomás Martínez Negro lo hizo por orden del comité habiendo sido su conducta anterior intachable. [...] Así mismo, permaneció escondido en su pueblo durante más de un año para evitar ir al frente cuando fue movilizada su quinta. [...] Se absuelve libremente con todos los pronunciamientos favorables a Florencio Alarcón Adán que deberá ser puesto en libertad tan pronto como esta sentencia sea firmada», puede leerse en un documento fechado el 14 de abril de 1939.

PABLO DE LA TORRIENTE BRAUN

Desembarcó en España como corresponsal de la revista norteamericana 'New Masses' y del periódico mexicano 'El Machete', perteneciente al órgano del Partido Comunista mexicano. Después de un fugaz paso por Barcelona se centró en Madrid, donde cubrió, con entusiastas —y partidistas— crónicas y reportajes, los bombardeos fascistas sobre la capital. «No han vacilado ante el bombardeo e incendio de Madrid durante la noche, para rehuir el combate con nuestra aviación, mucho más valerosa y efectiva que la suya. Y han cañoneado ya lo mejor de Madrid. Hay barrios enteros poco menos que inservibles. [...] Han matado... más mujeres, viejos y niños que combatientes».

Finalmente, sus ideales comunistas pudieron más que su faceta como periodista, y el 11 de noviembre de 1936 fue nombrado comisario de guerra y miembro del Estado Mayor del 109º batallón de la 7ª División. Al respecto, escribió en una carta: «Mi cargo de Comisario de Guerra con El Campesino, acaso sea un error desde el punto de vista periodístico, puesto que tengo que permanecer alejado de Madrid más tiempo del que debiera, pero... comprenderás que en estos momentos había que abandonar toda posición que no fuera la más estrictamente revolucionaria de acuerdo a las angustias y necesidades del momento».

La maquinaria bélica de la República necesitaba seguir sumando nueva carne de cañón para combatir contra las tropas fascistas del general Franco, sobre todo después de la sangría que significó para el bando republicano la defensa de Madrid. Su rol como comisario de guerra le llevó a peregrinar por diferentes pueblos de la geografía madrileña con la firme intención de conseguir hombres que se sumasen a la causa republicana.

El 2 de diciembre de 1936, el escritor cubano estuvo a punto de dejarse el pellejo en Mejorada del Campo, pero la muerte no le sería esquivo por mucho más tiempo. En la localidad madrileña de Majadahonda, combatiendo contra la columna del general Mola, una ráfaga de ametralladora consiguió lo que los mejoreños estuvieron a un tris de lograr. «Volví a verle, pero estaba muerto. Un cadáver de dos días, con la barba

crecida, caído sobre una loma, el pecho atravesado por una ráfaga de plomo. Pablo es uno de los muertos más serenos que he visto, parecía que no le hubiera pasado nada», recordaría, tiempo después, su amigo Miguel Hernández sobre su cuerpo sin vida.

MIGUEL HERNÁNDEZ

El 2 de diciembre de 1936, junto a Torriente y dos oficiales, un jovencísimo Miguel Hernández —«Un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de Zapadores»—, llegó a Mejorada del Campo. Torriente había pactado con el Comité Revolucionario local la celebración de un mitin que tenía como finalidad seguir sumando adeptos a la República y llevarse algunos hombres a los frentes de combate que, en ese momento, estaban latentes en el norte de Madrid. Era la tercera vez que el cubano visitaba el pueblo.

Junto al escritor y periodista cubano estaba Miguel Hernández, siempre leal a su buen amigo, a quien había conocido semanas antes, el 25 de noviembre, en Alcalá de Henares. «Pablo me ofreció hacerme comisario y le habló en ese sentido a Valentín González el Campesino, que le quería entrañablemente...», recordó el poeta oriolano tiempo después de aquel encuentro. Por aquel entonces, Hernández acababa de publicar —en enero de 1936— su poemario 'El rayo que no cesa', lo que había supuesto su consagración poética.

Se encontraba bajo las órdenes de Valentín González. Torriente y Hernández, ambos intelectuales, no tardaron en congeniar, fraguando una fuerte amistad que Hernández plasmó en un poema tras la muerte del latinoamericano.



ESCENARIOS

MEJORADA DEL CAMPO

Situado a escasos 25 kilómetros de la ciudad de Madrid, el pueblo de Mejorada contaba con una población que rondaba el millar de habitantes. Eminentemente agrícola, durante los primeros años de la Segunda República adquirió cierta fama por sus viñas. Era el primer productor de vino de la región. Además de sus afamados viñedos, y de un mar verde formado por millares de olivos, Mejorada del Campo tenía una de las vegas más cotizadas de la región. Sus tierras, regadas por los ríos Henares, procedente de Alcalá de Henares, y Jarama, que bajaba por San Fernando, abastecían de agua a toda la huerta mejoreña. Los agricultores, en los primeros años de la República, crearon una gran colectividad para sacar más rendimiento a la tierra. La localidad se convirtió en una potencia agrícola. En tan solo dos años, la producción se multiplicó, sobre todo en secano (cereales, cebada, trigo, garbanzos...), pero también plantaban patata, tomate, maíz, remolacha, etc.

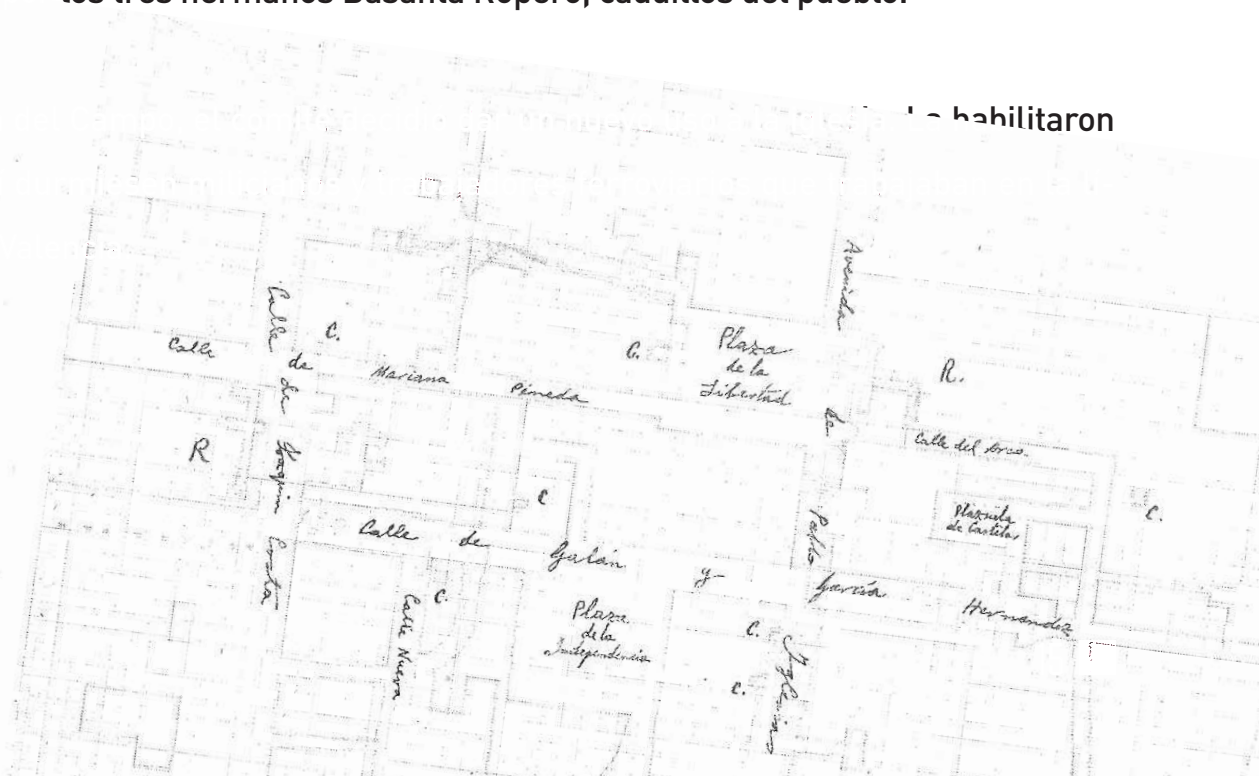


En aquella España republicana de mediados de los años 30, Mejorada del Campo no dejaba de ser un villorrio más. Uno de los muchos que regaban la geografía española por aquel entonces. No tenía absolutamente nada que lo convirtiese en un pueblo singular. No tenía unas termas romanas, ni unas ruinas mozárabes, ni una iglesia románica, ni siquiera una triste atalaya a medio derruir por el paso del tiempo, recuerdo imborrable de la Reconquista. Nada. Cero.

Mejorada era un pueblo pequeño, casi minúsculo. Medio millar de casas, siendo muy generoso. Dos plazas: de la Libertad y de la Independencia, popularmente conocidas como la de arriba y la de abajo. Allí era donde se podía sentir, y palpar, el latido de Mejorada. Dos calles y una avenida vertebraban la villa de norte a sur y de este a oeste. La calle Mariana Pineda, que desembocaba en la plaza de arriba; la calle Galán y García Hernández, que discurría por la plaza de abajo hasta converger con el camino de Velilla de San Antonio, el pueblo inmediatamente posterior a Mejorada; y, por último, la avenida de Pablo Iglesias. Mejorada del Campo siempre fue un pueblo de izquierdas, y eso, lógicamente, se notaba incluso en la nomenclatura de las calles principales.

Mejorada del Campo contaba con poco más de medio centenar de mujeres y hombres, jóvenes y veteranos. Socialistas, comunistas, anarquistas, sindicalistas, de la UGT o de la CNT. Muchos decidieron sumarse a los Comités Revolucionarios. El comité estaba encabezado por los tres hermanos Basanta Roper, caudillos del pueblo.

En Mejora
para que
nea Madr



Pero eso era sobre el papel. En realidad, los que tenían armas vivían la gran vida. Montaban sus fiestas en la entrada del pueblo. Cogían corderos, o lo que se les antojaba, sin pedir permiso. Y sin pagar, obviamente. En Mejorada aquello llegó a tal extremo que algunos vecinos tuvieron que esconder sus objetos de valor —hasta una gramola— porque los milicianos lo iban requisando todo.

MADRID

Madrid representaba el centro de la resistencia republicana. Para los golpistas la estrategia estaba clara: se decantaron por un avance doble hacia la capital de España. Por un lado, el ejército comandado por el general Mola, por el norte. Por otro lado, las tropas africanas del general Francisco Franco, por el sur. Se habían propuesto conquistar Madrid por la vía rápida, para liquidar la guerra en cuestión de días. Sin embargo, cuando la columna del general golpista Mola llegó a la Sierra de Madrid, fue detenida por un ejército de milicianos y guardias leales a la Segunda República. Los golpistas y los leales al Gobierno de Madrid ocuparon posiciones en la Sierra madrileña. Cavaron trincheras en la dura e inclemente orografía de la Sierra. El frente se estabilizó en los tres puertos de montaña que eran las puertas de la capital de España.

La ciudad de Madrid, objetivo prioritario de los golpistas, había resistido con heroicidad las acometidas de las tropas nacionales en su empeño en tomarla a sangre y fuego. Dolores Ibárruri, la Pasionaria, desde su púlpito enardeció a los defensores de la ciudad con proclamas fervorosas antes de que marcharán a combatir: «¡Más vale ser viudas de héroes que mujeres de cobardes!». Miles de soldados, hombres y mujeres, bajo las pancartas que engalanaban la ciudad, y donde se podía leer «No pasarán» y «Madrid será la tumba del fascismo», se batieron el cobre resistiendo, a duras penas, contra las ofensivas lanzadas por el Ejército fascista durante 17 interminables días.

CONTEXTO HISTÓRICO

LA GUERRA / LOS DOS BANDOS

REPUBLICANOS

En cada ciudad y en cada pueblo de la España republicana, miles de jóvenes corrieron a sumarse a los Comités Revolucionarios. El de Mejorada del Campo contaba con poco más de medio centenar de mujeres y hombres, jóvenes y veteranos. Socialistas, comunistas, anarquistas, sindicalistas, de la UGT o de la CNT. Daba igual, no se hacían distinciones. Había una causa común, derrotar al fascismo. El resto eran dimes y diretes que no tenían cabida en los primeros compases de la guerra que estaba por librarse.

Los mozos del pueblo, afiliados a los partidos de izquierdas o a los sindicatos CNT y UGT, se habían convertido, de la noche a la mañana, en milicianos al servicio de la II República. Vestidos, en la mayoría de los casos, con sus ropajes de jornaleros y brazaletes y pañuelos al cuello con los colores de su afiliación política —negro y rojo para los anarcosindicalistas, y rojo para socialistas y comunistas—, recorrían las calles, fusil en

ristre, comprobando la identidad de la gente, en busca de quintacolumnistas o, directamente, acosándola por su ideología política.

Esa España cainita, la del ajuste de cuentas y la puñalada por la espalda, encontró un resquicio perfecto para dirimir rencillas a golpe de tiro en la nuca. En aquel país caótico, los comités revolucionarios y los consejos dependientes de sindicatos y partidos políticos se convirtieron en el poder de facto, diluyendo la autoridad del Gobierno legítimo de la II República. La sensación de impunidad total se apoderó de miles de españoles que, creyéndose la autoridad pertinente, y con el aplomo que otorgaban sus armas de fuego, se convirtieron en jueces y verdugos de sus antiguos vecinos, amigos y camaradas.



NACIONALES

El objetivo de las tropas nacionales era llegar hasta la localidad de Alcobendas y, desde allí, a Madrid, y para ello debían arrasar con las defensas republicanas. Pero poco a poco el frente se fue enfriando, convirtiéndose en una guerra de trincheras donde soldados de uno y otro bando se citaban por las noches, a espaldas de sus mandos, para fumar juntos.

Italia y Alemania decidieron intervenir en favor del bando fascista. Benito Mussolini, presidente del Consejo de Ministros Reales de Italia, envió una escuadrón de doce bombarderos Savoia-Marchetti S.81 y dos buques mercantes —uno con doce cazas Fiat C.R.32 y otro con munición, carburante y pilotos—. Por su parte, Adolf Hitler, führer de Alemania, movilizó 30 Junkers JU-52 de transporte de tropas. A este primer envío le siguieron otros, hasta sumar 130 Junkers, encargados de los bombardeos sobre las ciudades republicanas.

Los mozos del pueblo, afiliados a los partidos de izquierdas o a los sindicatos CNT y UGT, se habían convertido, de la noche a la mañana, en milicianos al servicio de la II República. Vestidos, en la mayoría de los casos, con sus ropajes de jornaleros y brazaletes y pañuelos al cuello con los colores de su afiliación política —negro y rojo para los anarcosindicalistas, y rojo para socialistas y comunistas—, recorrían las calles, fusil en mano.

AJUSTE DE CUENTAS

Vecinos denunciando a vecinos por problemas con las lindes de las tierras o por pura envidia. El motivo era lo de menos. No era más que una excusa para justificar un asesinato a sangre fría amparado, en ocasiones, en la ideología política —muchas veces inexistente— de la víctima. Haber votado a uno u otro partido, en aquella España de 1936, podía suponer una condena a muerte. La palabra, por ejemplo, de un labrador semianalfabeto, afiliado a tal o a cual sindicato, o la de un falangista, tenía más peso

que la de un profesor de música y padre de tres hijos sin afiliación política conocida, pero que se veía abocado al cadalso por el odio que despertaba en el otro. En esta España no bastaba con vencer, era necesario perseguir a los enemigos hasta exterminarlos por completo. Por eso no es de extrañar que muriesen más españoles en la retaguardia que en primera línea de combate.



LA GUERRA / LAS 'CHECAS'

'Checas': una palabra de seis letras capaz de helar la sangre. Auténticos centros de tortura. Solo en Madrid, durante la guerra, se establecieron 345. El PSOE, y otros grupúsculos socialistas afines, llegaron a controlar 92 de estos centros de detención en Madrid y en Barcelona. La UGT, por su parte, gestionaba seis solo en la capital de España. Se calcula que cerca de 17.000 personas pasaron por una... y nunca más volvieron a ver la luz del sol. Influenciadas por el NVKD ruso —Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos— y asesoradas por el general soviético Alexander Orlov, se hicieron trágicamente famosas en la zona republicana por la amputación de dedos, la colocación de astillas de madera —o metálicas— bajo las uñas o la simulación de fusilamientos.

También eran conocidas, y temidas, por otros métodos de tortura con nombres más rimbombantes, como 'la banderilla' —una inyección infectada de agua con heces— se extendía, en el suelo de una habitación, polvo de carbón. Se introducía al preso completamente desnudo después de haberlo duchado para que la piel se impregnase del polvo, provocando una terrible picazón— y, por último, el collar eléctrico —se colocaba alrededor del cuello del preso un collar conectado a un cable a través del que se le suministraban descargas eléctricas.

LA GUERRA / LA QUINTA DEL BIBERÓN

En la Gaceta Oficial de la República Española —que se editaba en Valencia desde noviembre del 36— apareció una nota donde se ordenaba la inmediata incorporación al Ejército republicano de todos los chicos que durante 1938 cumplieren los dieciocho años. Se exigía, además, que se presentasen en el Centro de Reclutamiento, Instrucción y Movilización (CRIM) del Ejército Popular de la República situado en su zona territorial y también se pedía que «cada movilizado debería hacer su presentación llevando manta, calzado y cubierto; todo en buen estado».

A dos meses escasos de cumplir los 18 años, Antonio Baeza fue movilizado —junto con otros 30.000 adolescentes (algunos de los cuales no tenían más de catorce años), para luchar en una guerra que comenzaba a estar perdida. El Gobierno de Manuel Azaña, en una maniobra desesperada por revertir la situación, mandó a aquellos muchachos a combatir —y prácticamente a morir— a lugares como Merengue, Baladredo, el frente del Segre, los Pirineos Leridanos o la batalla del Ebro. Aquella leva recibió el sobrenombre de la quinta del biberón. Dicen que Federica Montseny —exministra de Sanidad y Asistencia Social (1936-1937)— los bautizó así cuando los vio desfilar delante de ella. «¿Diecisiete años? Pero si todavía deben tomar el biberón».

LA GUERRA / EL PAPEL DE LA RADIO

Durante la guerra civil la radio se convirtió en una potente arma de guerra, posiblemente el instrumento de propaganda más importante que tenían a su alcance ambos bandos. La radio tenía ventajas sobre la prensa escrita. La principal era la de poder ser escuchada en territorio enemigo, algo que no solía ocurrir con los diarios o pasquines, que eran requisados y destruidos por el enemigo. Su peso, durante la guerra, como arma psicológica contribuyó a desmoralizar, contradecir y ridiculizar al contrario.

Por fin, después de muchas intentonas, consiguieron escuchar la voz nítida de un locutor. Habían logrado sintonizar Radio Nacional de España, fundada por el general José Millán-Astray el 19 de enero de 1937. «Cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado», dijo Millán a través de las ondas.

LA GUERRA / HAMBRUNA

El hambre, junto con los bombardeos nacionales, era una de las pocas constantes en la guerra civil. Familias venidas de todos los rincones de la ciudad de Madrid acababan en la pequeña tienda de ultramarinos propiedad de Joaquín Barral intercambiando sus joyas por algo de comida. Traían, incluso, sus cuberterías de plata; cualquier cosa de valor era aceptada como moneda de cambio. La gente venía desesperada y hambrienta.

Pero el hambre no solo angustiaba a los que venían de fuera. Entre los mejores también comenzaba a hacer estragos. Gregorio Gutiérrez Daganzo tenía seis años recién cumplidos (nació el 21 de enero de 1931), pero ya sabía lo que era desmayarse por culpa del hambre. Al chiquillo las tripas lo castigaban día

sí y día también. «En casa solo comíamos maíz. Yo tenía muchísima hambre. Así que iba a casa del señor Caledonio y robaba la comida que echaba a sus perros. Aquel hombre les ponía las sobras que él y su familia ya no iban a usar... y yo se las quitaba a los animales. Cuando acabó la guerra, ese hombre denunció a mi padre por rojo...».

LA GUERRA / LAS VÍCTIMAS

Durante toda la guerra civil, cerca de 50.000 civiles fueron ejecutados en la zona republicana. Algunos, como los asesinados en Paracuellos del Jarama, fueron víctimas de decisiones basadas en el peligro potencial que representaban. Otros fueron ejecutados por quintacolumnistas. Otros fueron víctimas de las explosiones de ira que se producían cuando llegaban noticias de la represión que testaba teniendo lugar en la zona nacional.

En muchos pueblos y ciudades, la Iglesia y el clero se convirtieron en objetivo prioritario de las masas exaltadas que, gracias al desgobierno que reinaba en buena parte de España, durante los primeros meses de guerra, regaron el suelo con la sangre de miles de religiosos. La caza clerical fue especialmente sangrienta entre los meses de julio y agosto de 1936. Trece obispos, 4.184 sacerdotes seculares (uno de cada siete), 2.365 frailes (uno de cada cinco) y 283 monjas fueron pasados a cuchillo. Los bienes de la Iglesia tampoco corrieron mejor suerte. 20.000 templos, conventos y residencias fueron saqueadas e incendiadas durante los primeros meses de las revueltas. «Había muchos problemas en España [...]. El primer problema era la Iglesia [...]. Nosotros lo hemos resuelto totalmente, yendo a la raíz. Hemos suprimido los sacerdotes, las iglesias y el culto» afirmó, el 8 de agosto de 1936, en un discurso en Barcelona, Andrés Nin, líder del POUM y conseller de Justicia de la Generalitat. Por su parte, Joan García Oliver, líder de la CNT y ministro de la Repú-

blica, a través de Radio Barcelona, también alentó a las masas: «¡Matad, destruid, incendiad! ¡Hay que destruir la Iglesia!».

La defensa de Madrid se convirtió en todo un símbolo para los republicanos, pero el coste de esta victoria moral fue extremadamente elevado. Desde el 19 de noviembre, la capital de España fue bombardeada sin descanso por la artillería y la aviación. En las dos semanas que duró el asedio, solo el barrio de Salamanca logró salir prácticamente indemne de los ataques, el resto quedó seriamente dañado. Las consecuencias fueron desastrosas: más de 2.000 civiles perecieron bajo las 40 toneladas de bombas lanzadas por los golpistas, y cerca de 20.000 combatientes — incluidos prisioneros fusilados— se dejaron la vida en la batalla por Madrid.

LA POSGUERRA /

LAS REPRESALIAS DE LOS VENCEDORES

Francisco Franco, el 13 de febrero de 1939, antes de ganar la guerra, promulgó una Ley de Responsabilidades con efectos retroactivos, donde «se consideraba delincuentes a todos los seguidores de la República desde el primero de octubre de 1934». Y, sin lugar a duda, los sospechosos eran tratados como delincuentes, o incluso peor. Las palizas se sucedían día y noche, en cárceles o en los cuartelillos de la Guardia Civil. Aquella ley dio rienda suelta al sadismo de los vencedores sobre los vencidos.

Los españoles pasaron de matarse en los frentes de combate a denunciarse, sin ningún tipo de remordimiento, en los cuartelillos de la Guardia Civil o en los centros de recepción de denuncias. Raro era el pueblo de España donde el odio, la codicia o, simplemente, la sed de venganza no moviese a alguien a denunciar a su convecino

ante la Guardia Civil, el jefe local de Falange o, incluso, ante los párrocos, quienes desde sus púlpitos clamaban «la vigilancia constante ante las obras y las pompas de Satanás». Además, las autoridades exhortaban el deber patriótico de denunciar a los rojos. En muchos lugares de esta Nueva España, en los centros de recepción de denuncias se formaban interminables colas de ciudadanos.

Las rencillas estaban a la orden del día, lo que desembocaba, inevitablemente, en denuncias en el cuartelillo, donde se iban sucediendo las visitas de los denunciadores —no solo de Dionisio Barral— una detrás de otra. Esperanza Marcos, que era de Valladolid y ejercía de profesora en el colegio del pueblo, falangista reconocida, denunció a Luis Mira Farago, amigo íntimo de Justo Basanta, quien acabó pasando tres años en la cárcel.

Uno tras otro, los miembros del Comité Revolucionario fueron cayendo en manos de la Guardia Civil. Úrsula Daganzo, la Pasionaria de Mejorada, tampoco se libró de la cárcel. La Guardia Civil la detuvo en su casa después de que dos vecinos del pueblo presentaran sendas denuncias contra ella. La primera, de Víctor Izquierdo, y la segunda, de Mariano Daganzo, su hermano. Mariano, falangista confeso, no solo denunció a su hermana, sino que también delató a su madre, Francisca Martínez. Hacía guardia en la puerta de la cárcel donde su madre y su hermana estaban presas, vigilando para que no se escapase ninguna de las dos.

Úrsula estuvo tres años presa y fue condenada a muerte, pero en la cárcel lavaba la ropa a la familia del director, y por eso logró que le conmutasen la pena.

AUDITORIA DE GUERRA
— DEL —
EJERCITO DE OCUPACION

En Madrid a 14 de abril

de 1939. Año de la Victoria.

Examinada la Sentencia recaída en la presente causa, que condena a MAR-
CELINO ADAN HUERTA, ANASTASIO CASTELL CARRASCO, JUSTO
BASANTA ROPERO y VICTORIANO BASANTA ROPERO, a la pena
de prisión para caso de indulto como autores

LA POSGUERRA / EL EXILIO

Santiago cruzó a Francia con lo puesto y se lo quitaron absolutamente todo. Los guardias fronterizos parecían aves de rapiña abalanzándose a por su fusil, a por su pistola, revisando los bolsillos de su abrigo apolillado para ver si encontraban algo de valor... Después lo metieron en un campo de concentración, junto con miles de españoles más. Siempre estuvo acompañado de los otros seis mejoreños. Trataron de no separarse nunca para hacer piña y poder cuidarse los unos a los otros.

Los republicanos no solo habían perdido la guerra —aunque aún quedaban meses de lucha—, sino que, además, eran humillados por los franceses, quienes el 12 de noviembre de 1938 aprobaron un decreto para encerrar a cualquier extranjero indeseable. Enrique Líster, general republicano, en sus memorias recuerda la humillación a la que se vieron sometidos muchos de sus hombres: «Era terriblemente doloroso e injusto que combatientes curtidos en tres años de continuo pelear tuvieran que entregar sus armas para ser conducidos a campos de concentración».

Los franceses comenzaron a ubicar a los republicanos —440.000 hombres— en improvisados campos de internamiento en zonas cercanas a la frontera con España, como Gurs, Argelès sur Mer, Saint-Cyprien, Barcarès, Rivesaltes, Vernet d'Ariège, Septfonds... Las condiciones de vida eran extremas. En muchos de esos campos, los prisioneros dormían a la intemperie —en pleno invierno— sin poder encontrar cobijo ni en barracones ni en tiendas de campaña. Los guardias franceses apenas daban alimentos a los republicanos, y nunca les ofrecieron agua potable o ropa de abrigo. Más de 15.000 españoles murieron en las primeras semanas por culpa del frío o de enfermedades varias.



TRAS LA GUERRA: ¿QUÉ FUE DE ELADIO PAMPLIEGA?

DIONISIO BARRALL, 'EL SOPLÓN'. EL DELATOR DE LOS ASESINOS DE TOMÁS

Barral tomó aire, tratando de llenarse de valor, y, sin que le temblase la voz, comenzó a dar los nombres y los apellidos de todos los miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo y de aquellos que se habían marchado al frente a defender la República. Denunció a más de 30 personas que acabarían arrestadas, e incluso alguna de ellas condenada a muerte por luchar a favor de la República.

Barral una vez perdido el miedo y la vergüenza, continuó narrando al cabo de la Guardia Civil lo ocurrido en Mejorada del Campo durante la guerra. Obviamente, no dudó en contar que varios miembros del Comité Revolucionario, ayudados por unos desconocidos, dieron muerte, como si se tratase de un perro, a Tomás Martínez Negro, sacristán y director de la banda de música de la localidad. Dionisio Barral dio el nombre y apellidos de los máximos responsables de aquel asesinato: Anastasio Castell, Justo Basanta, Victoriano Basanta, Florencio Alarcón Adán, Marcelino Adán Huerta, Santiago Cebolla y Eladio Pampliega.

JUICIO SUMARÍSIMO

En un juicio sumarísimo de un tribunal franquista se dictaminó que: «Los miembros del comité de este pueblo llamados Anastasio Castell, Justo Basanta, Eladio Pampliega, Florencio Alarcón, Victoriano Basanta y Teodoro Tragacete, procedieron a la detención de su convecino Tomás Martínez Negro, sacristán de la localidad al que sacaron de la Iglesia donde se hallaba detenido llevándolo en un automóvil con direc-

ción desconocida, el cual apareció muerto en el término municipal de San Fernando, y que los citados Anastasio le dio un tiro y Eladio el tiro de gracia».

Justo Basanta Roper, Anastasio Castell y Victoriano Basanta Roper. Todos ellos fusilados. El cuarto, Santiago Cebolla Gallego, pendiente de sentencia. Y el quinto nombre, Eladio Pampliega, huido.

Tras enterrar los cuerpos, el juez comarcal, Lucas del Campo López fue el encargado de redactar y firmar las actas de defunción: «A consecuencia de shock traumático por heridas de armas de fuego según resulta del informe facultativo. [...] El cadáver habrá de recibir sepultura en el cementerio de esta ciudad», puede leerse en las actas de Justo Basanta, Anastasio Castell y Victoriano Basanta. Los cuerpos de los tres hombres fueron exhumados —y trasladados al cementerio de Mejorada del Campo— en los años 70.

QUÉ FUE DE ELADIO

Eladio Pampliega, el Coleta, seguía siendo el gran misterio de esta historia. Después de buscar en el juzgado de paz del pueblo, conseguí encontrar su acta de nacimiento, fechada el 14 de enero de 1907, pero su certificado de defunción no consta en los registros, lo cual solo significa que no falleció en Mejorada. Algo que ya contemplaba, teniendo en cuenta que, después de la guerra, puso tierra de por medio y huyó, para no correr la misma suerte que Justo, Victoriano y Anastasio.

«Eladio tenía mujer —Tomasa— y dos hijos —Pepe y Yayo, que en el momento de la detención vivían con nosotros en Mejorada—. Desde la cárcel nos escribía cartas explicándonos de cómo le torturaban —le ponían palillos debajo de las uñas—, cómo le pegaban... Y finalmente le acabaron condenando a muerte por el asesinato del sacristán. En ese momento, Tomasa movió cielo y tierra para conseguir el indulto. Y lo obtuvo. Salvador Alonso, el mismo que salvó a Santiago Cebolla de ser fusilado, firmó un escrito para evitar que Eladio acabase ante un pelotón de fusilamiento. Pero, a cambio, pasó muchísimos años en la cárcel».

«Estuvo preso en la Cárcel Modelo de Madrid, conocida como cárcel celular. Recuerdo que los presos estaban a un lado de la alambrada y los familiares estábamos al otro lado. Teníamos que hablar a gritos, pero ni nos oíamos ni nos entendíamos. En esas visitas le llevábamos comida para que no muriese de hambre en la cárcel», siguió relatando Mella. «Después de haber cumplido su condena, regresó a Mejorada. Se juntaba con sus antiguos camaradas, tocaba la guitarra y cantaba... En unas fiestas quiso salir a torear una vaquilla, pero la gente de derechas se lo impidió. Él les reprochaba que lo siguiesen tratando como a un delincuente cuando había pagado su deuda. Eso les gritaba, enseñándoles los papeles donde figuraba que había estado preso en la cárcel... Al final, acabó abriendo una frutería en el barrio de Legazpi y dejó de venir a Mejorada».

Todo principio tiene un final, y yo —por fin— había encontrado el mío. Al fin resolvía el misterio que envolvía la figura de Eladio Pampliega y podía poner punto final a ‘El quinto nombre’.



PENÍNSULA

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

SALVADOR PULIDO

GABINETE COLABORADOR

682 69 63 61 | SALVADOR@SALVADORPULIDO.COM

-

LAURA FABREGAT FARRAN

RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO

682 69 63 61 | LFABREGAT@PLANETA.ES